

CRISIS DE PODER EN ESTADOS UNIDOS

EDUARDO HARO TECLEN

CON el proyecto drástico de reducción en el consumo de petróleo y el destroz de su Gabinete, Carter intenta dar una imagen de hombre firme y seguro que hace frente a circunstancias nuevas con lucidez y fuerza. La verdad es que lo que su país y el mundo observan es todo lo contrario: la calda vertiginosa de un hombre al que se escapa de las manos la realidad y no sabe cómo agarrarla. Hay una consternación profunda en el Partido Demócrata, que no solamente ve que Carter va a perder las próximas elecciones, sino que teme que sea todo el partido, arrastrado por este alud, el que se resquebraje. Mientras, los republicanos emprenden una ofensiva en la superficie y en la profundidad. La impresión general es la de que Carter está perdido.

En los últimos años, Estados Unidos desgasta a una velocidad increíble sus Presidentes. Kennedy, asesinado; Johnson, dimitido —no se presentó a la reelección—; Nixon, expulsado; Ford, simple paréntesis, y ahora, Carter. En un período en el que siguiendo la antigua estabilidad hubiera habido tres Presidentes, va a haber seis, contando con la calda de Carter. Si cada caso es diferente, la acumulación de los casos indica una tendencia. Las formas políticas actuales destrozan la imagen y el ejercicio del cargo. El mito de la Presidencia se ha perdido. Deberíamos ver esta debilidad no tanto en el desempeño de la función, sino en la elección o en el acceso al poder. Salvo en el caso de Kennedy —y es imposible no con-

siderar que su asesinato fue, más que un suceso, una consecuencia política—, los demás han llegado a la Presidencia sin la carga personal suficiente. Johnson procedía de una vicepresidencia debilitada y sin función: fue elegido porque prometió llevar adelante la herencia de Kennedy —no lo cumplió— y porque su adversario era el furioso criptofascista Goldwater. Ford ni siquiera fue elegido: ascendió al cargo constitucionalmente por la expulsión del Presidente Nixon y del vicepresidente Agnew, culpables de distintas formas de corrupción. Nixon era un fracasado, un hombre ya relegado al retiro y a la maldicencia, cuando la maquinaria del partido, con la idea de que sacaría a flote la cuestión de Vietnam, lo perdió. Y Carter, un desconocido. La cuestión es que la figura del Presidente rodeado de prestigio ha desaparecido, y que gran parte de culpa la tiene la maquinaria del poder que designa personajes aparentemente cómodos para sus

propósitos, pero cada vez menos democráticos, en el sentido de que no son figuras indiscutibles, salidas de una carrera política popular.

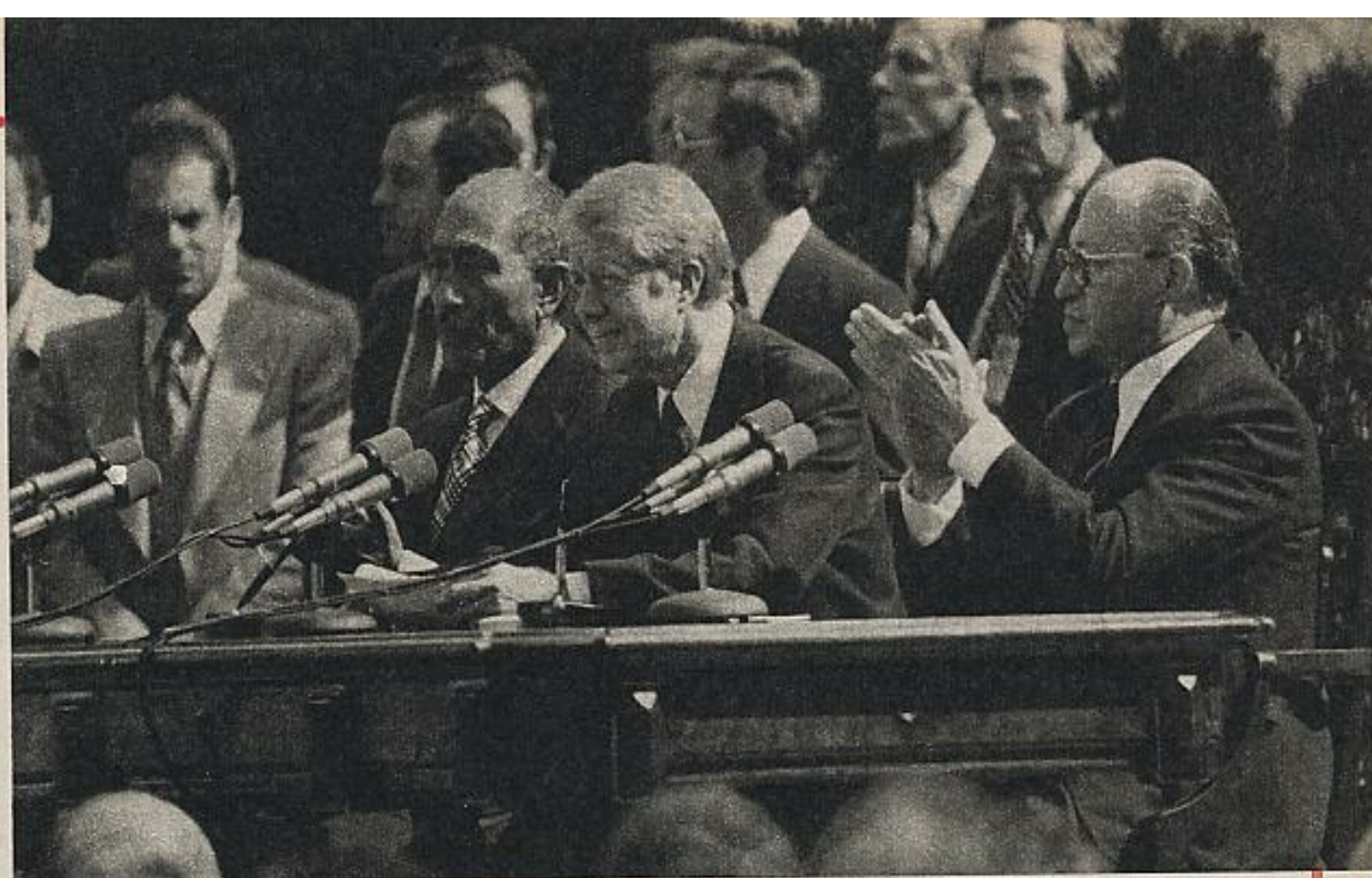
Por otra parte, el Congreso se ha vuelto enormemente reticente respecto a la Presidencia. Es su función el ejercicio de una representación popular. Pero las dos aventuras que llevan el nombre de Vietnam y de Watergate han llevado a los senadores y a los representantes a una desconfianza grande con respecto al poder presidencial. Temen Presidentes que vuelvan a meter al país en aventuras graves. Esto aumenta el desgaste presidencial, y probablemente lo ha sufrido Carter en nombre de sus predecesores. Cuando se ha dado cuenta, quizá era ya tarde. Carter había emitido una imagen interesante, elaborada precisamente para hacer más fácil la digestión de los culpables anteriores. Frente a un Nixon tramposo y cesáreo, Carter alzaba la de un puritano honesto y sencillo, aferrado a una moral elevada a política

mundial —los derechos del hombre— y una especie de pulcritud administrativa. Se ha quedado corto. "Yo no guiaba, no dirigía la nación —explica—; me limitaba a la gestión de los asuntos públicos". Quiere ahora realmente dirigir, presidir: probablemente es demasiado tarde. Los asuntos públicos en los Estados Unidos no se dirigen solos. No hay, como en Francia, un Código Napoleón que mantiene la red administrativa funcionando por encima de los fallos políticos (y aun así, sin verdadero gobierno no resiste tampoco Francia). Estados Unidos no es exactamente un régimen parlamentario; aunque el Parlamento —el Congreso— tenga mucho peso, es un régimen presidencialista. Si el Presidente es un César, como Nixon, la sociedad no lo soporta; si es un funcionario discreto, la sociedad se desmorona.

Carter ha querido cambiar de imagen y hacer sentir su poder: Washington —es decir, el conjunto de los poderes, los políticos, el centro de la organización de la sociedad— y Nueva York —la Bolsa, el centro del dinero— no se lo están tolerando. Lo que se llama "el martes de los largos cuchillos" —el día de la dimisión en masa— ha sido muy mal acogido. "Washington responde con consternación e incredulidad", titula a toda página el "Herald Tribune"; y el dólar cae en todas las Bolsas, mientras el oro alcanza cotizaciones nunca conocidas. "El 'Skylab' no cayó en Washington la semana pasada, pero esta semana, la Administración Carter ha caldo después de dieciocho meses en órbita", escriben en



El hasta ahora secretario de Energía, Schlesinger: dimisión forzada.



Carter, entre Begin y Sadat: la "paz separada" entre Israel y Egipto, acogida en principio como un triunfo, sería una causa de toda la crisis general.

"Washington Post". El discurso de Carter el mismo día de la crisis en una reunión de granjeros—Future Farmers of America— produce una especie de hilaridad angustiada: "Están sucediendo muchos cambios, pero lo fundamental no cambia: el amor dentro de la familia, la honradez, la amistad entre las gentes, el deseo de paz, el respeto de unos por otros...". Carter estaba fortaleciéndose con la imagen que le llevó a ser el antípoda de Nixon, el hombre honesto y sencillo frente al político de los trucos. Pero ya no funcionaba.

¿Qué sentido tienen los cambios? Fundamentalmente, el indicado y personal de presentar al país un luchador en un momento de dificultad. De dificultad para todos, pero también de dificultad para él mismo, porque la auscultación de opinión pública le cotizaba en una cota más baja aún que la de Nixon una semana antes de su evicción. Trata de salir al paso de las acusaciones de debilidad. El

mayor choque experimentado por la Administración ha sido, indudablemente, la decisión de los países de la OPEP de elevar los precios del petróleo. Pero la opinión general piensa que si Carter hubiera sabido evolucionar con arreglo a la realidad, la cuestión del Irán, fundamental para los suministros y los precios del petróleo, no hubiera sucedido, por lo menos en esta forma. Un abandono del Sha a tiempo, una solución democrática en el país hubiera producido una política iraní diferente. Y no habría creado el estado de tensión en Arabia Saudita y los países del golfo, acrecentada por el paso de la "paz separada" entre Egipto e Israel, acogida en el primer momento como un triunfo de Carter, pero observada después como una causa de toda la crisis general. Los mismos sectores judíos que entonces la patrocinaron observan ahora su poca eficacia y hasta su carácter contraproducente: ha impedido o retrasado el "arreglo global" en toda

la zona, que era el único que podía garantizar la paz duradera. Y ha provocado la respuesta del petróleo. El mismo jaque Yamani no ha tenido inconveniente en relacionar, por primera vez, las cuestiones del precio y la restricción del petróleo con la de la guerra y la paz en Oriente Medio y la situación de los palestinos. Cuando por una serie de indiscreciones calculadas se advierte de la posibilidad de que los Estados Unidos manden, en un momento determinado, un cuerpo expedicionario a luchar por los pozos en territorio árabe, la opinión pública se espanta más: teme que sea una aventura como la de Vietnam, y teme también que sea motivo de una nueva escasez de petróleo. En medio de esta desgracia, Carter intenta resolver la cuestión de Nicaragua por el sistema que no supo emplear en Irán, desposeyendo al dictador; y nuevamente la opinión pública se aterra pensando que es toda América Central—y tras ella todo el subcontinente— la que se escapa de las manos

de los Estados Unidos. Y con ello, otras fuentes de petróleo y materias primas. No va a ser así, y las medidas están tomadas para que no sea así; pero la torpeza de los primeros pasos de los Estados Unidos, sobre todo cuando intentaron enviar también un cuerpo expedicionario por vía de la OEA, hacen que todo se presente como un fracaso. De Carter, especialmente.

Sin embargo, de toda la Administración Carter se salvan, precisamente, los autores de toda esta política: Vance, secretario de Estado; Brzezinski, asesor presidencial de Asuntos Exteriores, y Brown, secretario de Defensa, de cuyos informes y acciones personales ha dependido mucho la cuestión del Irán y de Oriente Medio.

La imagen que quiere dar, al desprenderse de algunos colaboradores—con la inevitable y bufa mención de la gratitud por los servicios prestados— y su sustitución por otros generalmente impopulares, es la de un endurecimiento de la Administración. Del Carter funcionario

ESTADOS UNIDOS

debe surgir el Carter gobernante firme, con colaboradores también firmes. En general, menos "liberales" que los anteriores. Pero en toda esta operación, ya la credibilidad se ha perdido. El resultado es que importa escasamente ya la "imagen" de Carter; importa su realidad, y la realidad le está configurando ante el público —atacado duramente por la prensa, burlado y escarnecido por los políticos, abandonado por su propio partido— como un mal político. Dicho de otra forma: un hombre sin talento necesario para conducir el país. Y eso no se resuelve con imágenes, sino con otro hombre.

¿Pueden cambiar las cosas? Indudablemente, porque la política da muchas sorpresas, sobre todo en los Estados Unidos. Puede ocurrir que el "nuevo" Carter sea realmente nuevo; puede ocurrir que aborde los grandes temas con mayor lucidez y entereza, que se desprenda de prejuicios y de influencias y vaya hacia adelante. No es muy fácil. Las indicaciones principales son las de que constituye un peligro mayor un inepto metido en grandes aventuras que ese mismo inepto reducido a la "gestión de los asuntos públicos".

En su mensaje anunciando los nuevos sistemas de ahorro de energía, Carter hizo un análisis de la desmoralización, de la indiferencia, del abandonismo del país, de la crisis de confianza de los Estados Unidos en sí mismos. De lo que por aquí llamamos "desencanto", que finalmente es en parte un reflejo de esa crisis general de Occidente, en su dirección y en su oposición. Lo que decía Carter era cierto, y se ha analizado ya muchas veces.

Pero de lo que no hay ninguna seguridad es de que sea el Presidente Carter quien vaya a sacar al país de esa situación. Ni siquiera un nuevo Presidente, como no cambie el concepto profundo de la nación y de Occidente. Y eso es más difícil todavía. ■

La quimera del oro

El oro lleva una doble vida. Mientras en los mercados oficiales continúa con su contenida y respetable existencia, como el doctor Jeckyll, en los mercados libres se desenfrena a lo mister Hyde. Ha sido en estos mercados libres de Zurich y Londres donde sobrepasaba estos días los 300 dólares la onza y ya se anuncian importantes movimientos especulativos desde Hong-Kong y otros lugares.

"Ese mercado del oro sólo es de interés para los dentistas, para los joyeros, para la mafia y para los sultanes del Próximo Oriente", decía, despectivamente, hace unos años, el Premio Nobel de Economía y consejero de Nixon, Paul Samuelson. En efecto, el mercado del oro de Londres y Zurich puede tener esos disparates personajes interesados, pero la verdad es que, contra viento y marea, ha terminado por convertirse en una especie de barómetro "golfo" de las crisis del mundo capitalista, y, particularmente, de los Estados Unidos: ha bastado que Carter anunciase una serie de medidas restrictivas y cambiase a varios de sus secretarios, para que el oro se encuentre arañando las nubes y con tendencia a remontarse más aún.

Es esta una curiosa historia económica, mil veces abordada y jamás resuelta. Comenzó, como se sabe, en Bretton Woods, en 1944, cuando las países "aliados" decidieron crear una paridad fija entre el valor del oro y la divisa principal, el dólar, así como entre esta divisa y el resto de las monedas llamadas "convertibles". Este cambio oficial entre dólar y oro fue subiendo lentamente y de forma controlada: 35, 38, 42,22 dólares la onza... Sin embargo, en la década de los sesenta, Estados Unidos empezó a realizar grandes inversiones exteriores y enormes gastos en material bélico —en Vietnam, sobre todo— y en la carrera espacial. Paralelamente hubo una fuerte corriente europea, que capitaneaba el general De Gaulle y el economista francés Jacques Rueff, que quería, también, la paridad fija de las monedas, pero esta vez con relación al oro, sin admitir la mediación del dólar, que imponía una valoración poco menos que caprichosa. Se argumentaba que los males de la divisa americana, fruto de su

aventurismo exterior, repercutían en los países de Europa. Asimismo se dijo, y con razón, que el valor del oro en un mercado libre sería muy distinto al que se le asignaba en los intercambios internacionales.

Naturalmente, los Estados Unidos boicotearon la iniciativa por un doble motivo: el primero, por mantener su prestigio internacional; el segundo, porque el poseer la divisa clave permitía una manipulación en los mercados monetarios internacionales que podía sacar de muchas crisis a la balanza de pagos americana. Lo que no pudo impedir es que apareciesen, en marzo de 1968, los mercados libres del oro de Londres y Zurich, donde, como ya queda dicho, comenzó esa desigual carrera entre los dos precios del metal. Era —y es— un maratón increíble en el que la desproporción llega al máximo cuando se acerca, o está, o ya se encuentra encima, la crisis del dólar.

Como en junio de 1973, por ejemplo, en el que la onza de oro en el mercado libre alcanzó ya los 130 dólares, mientras el precio oficial era de 42,22. Es un precedente similar al actual.

Todo esto condujo a una situación muy difícil para los Estados Unidos, que decidieron, en 1971, no continuar la convertibilidad del dólar en oro, aunque presentaron esta decisión como "algo temporal y sólo para hacer frente a la especulación que estaba teniendo lugar en torno al metal".

La estabilización de Nixon, o, más concretamente, la aconsejada por Samuelson, se desentendía del enojoso asunto del oro. Vagamente se aludió a la posibilidad de que los Derechos Especiales de Giro, creados en 1967 en la Conferencia Mundial de Río de Janeiro, como virtual sistema de pago con cargo al FMI, sustituyera, al fin, al oro.

Lo cierto es que nunca se llegó a avanzar más y no se produjo la reforma profunda del Sistema Monetario Internacional, al que se fue poniendo parches a base de flotaciones y decisiones unilaterales. La pretendida desmonetización del oro sólo ha tenido lugar a medias y la credibilidad del dólar en los mercados internacionales sigue siendo mediana. Bretton Woods se ha desmoronado, pero nada definitivo le ha sustituido. Esta es en la actualidad la situación. ■ R. C.

